

Baltasar Porcel

UNA IMAGEN QUE PERMANECE VIVA

Joan Fuster ha muerto y veo a Joan Fuster vivo, sentado, bebiendo, fumando, charlando sin cesar. El Fuster impertinente, mordaz, charanguero, criticón, provisto de una carburación mental ilimitada, arriesgada, en la que se mezclaban cultura, política, historia y un racimo de desvergonzadas palabrotas.

Fuster llegaba de Valencia a Barcelona y andaba de piso en piso, en tertulia permanente, tejiendo una patria imaginaria que él convertía en creíble más por la jocosidad del tono, más por la caricaturesca intemperancia con que se trataba al adversario, que a causa de la incuestionable realidad del edificio propio. En las filas del catalanismo de los 50, de los 60, Fuster representaba un desconocido optimismo sin complejos y con irreverencias. Y cuando trasladó todo esto al periodismo, congregó en seguida una clientela fiel, divertida y entusiasta.

Pero también había que verlo en su tierra para entender su naturaleza específica. Yo lo había conocido en Mallorca en el 58 y lo encontré de nuevo en Valencia en el 59: en tertulia, con el cigarrillo y el vaso. Pero en Sueca era muy diferente, sumergido en una curiosa paradoja. Siempre quiso estar allí, en la calle de Sant Josep, entre un montón de libros, con el recuerdo de su padre y su madre. Fui bastantes veces. Íbamos a la Albufera, comíamos anguilas y arroz y un vinillo rosado en modestos y sabrosos restaurantes.

Fuster en su ambiente, desde luego. Pero ajeno a él: eran los libros, los periódicos, el catalanismo, lo que constituía su nervio y su meta. Absurdamente parecía Joan Fuster hallarse siempre en una situación provisional: en Barcelona, por valenciano hasta la médula; en Sueca, por ser un producto de la cultura y de la catalanidad.

(La Vanguardia, 22 juny 1992, p. 36)